

## MANUELA SÁENZ: PRESENCIA Y POLÉMICA EN LA HISTORIA\*

Reinaldo Miño\*\*

Dos valiosas mujeres quiteñas, han escrito el libro *Manuela Sáenz: presencia y polémica en la Historia*.<sup>1</sup>

La carátula trae el retrato de Manuela Sáenz ideado por ese gran artista ambateño, Oswaldo Viteri, que también preside la magnífica biografía de Galo René Pérez, literato muy cotizado, publicada por el Banco Central.

Ese retrato me inspiró unos versos que ustedes escucharán esta noche en la voz de Amparito Pico y les agradezco de antemano por soportarlos.

Aunque no conste en la bibliografía de estas distinguidas autoras, yo también rendí tributo a Manuelita en mi pequeño libro *Simón Bolívar: De la primera a la segunda independencia*, en donde exaltaba la presencia de cinco Manueles quiteñas en la Historia Patria, no solo las tres que reivindica el movimiento femenino actual. Permítame leerlo:

Manuela Chúshig, nombrada Espejo, será hermana de nuestro Precursor. Esposa de nuestro diputado a las Cortes de Cádiz, del apuesto y brillante José Mejía Lequerica. Ella velará por su hermano perseguido, por el hermano cura al que también hostilizan y persiguen. Silenciosa, tierna, abnegada, solícita, estará junto al hermano que consume la vida en la lucha por nuestra Independencia. (Entre paréntesis: es para algunos estudiosos, la primera periodista quiteña, escribiendo en *Primicias de la Cultura de Quito*, con el seudónimo de Erophyllia). Manuela Cañizares reunirá a los patriotas, los conminará a la acción. En sus aposentos han

---

\* Conferencia pronunciada el 15 de abril de 1998 en el Centro Cultural Universitario, de la ciudad de Ambato.

\*\* Médico e historiador ambateño.

1. María Mogollón y Ximena Narváez son las autoras de la tesis de licenciatura que dio origen al libro publicado por la Corporación Editora Nacional en 1997. El director fue Enrique Ayala Mora.

de reunirse los actores de la revolución bien educada. Manuela Garaicoa parió para nosotros a Abdón Calderón. Las balas segarían esa joven vida que no pudo tener la dicha de saborear el triunfo. Sámano terminó fusilando en Ibarra a su padre, el coronel Francisco Calderón, cubano, luego de derrotarlo. Ahora el hijo moría en Pichincha, venciendo.

Manuela León nació luego de la "inútil" Independencia en la tierra puruhuay, cerca del Chimburra. Vivió, luchó y fue fusilada mientras gobernaba la figura tétrica de Gabriel García, el Santo del Patíbulo. Capitana de Fernando Daquilema, vale contar la historia de esta india maravillosa, casi desconocida por nuestros historiadores. Joven, impetuosa, valiente, la mataron porque se levantó en 1871 contra la crueldad de los terratenientes y la terrible explotación ejercida sobre nuestros indios hasta ahora irredentos.

Hice luego la apología de Manuela Sáenz. La escribí en 1983.

He aquí las cinco Manuelas que honran la quiteñidad. Vale la pena exaltarlas.

Las autoras comienzan explicando que la Conquista es obra de valientes. Sostengo que fue obra de plebeyos audaces. Tras una terrible lucha intestina, impulsada hábilmente desde la Metrópoli empeñada en desembarazarse de ellos, el aristocrático poder colonial consagró algunos como aristócratas rapaces especializados en el esquilmado de nuestra América. Las autoras aceptan que el saqueo de lo nuestro va a parar a los pies de una mujer: Isabel la Católica. Aunque más verdad es la de Galeano: España tuvo la vaca y otros mamaron la leche: la Corte y sus áulicos, por supuesto, y los banqueros, los prestamistas, los chulqueros, los agiotistas alemanes, judíos, italianos, ingleses, etc., pero no el pueblo español, que exportaba hambrientos en busca de enriquecerse en América.

Reconocen las autoras que en la noche colonial se extienden las ideas críticas gracias al ejemplo de Eugenio Chúshig Aldás, un antiguo vecino nombrado Espejo.

Pasan revista sucinta a los hechos de agosto, tanto la revolución de los marqueses como la sangrienta rebelión popular del 2 de agosto. Pintan la lucha entre las dos facciones dominantes: los peninsulares y los criollos.

Los criollos son los hijos de españoles nacidos en América. Los criollos pueden o no ser "mestizos", aceptando que los europeos no lo sean y no lo sean los españoles, representantes del mestizaje europeo. Si a los Sáenz y a los Aispurus les preguntaban qué sangre tienen, a qué raza se pertenecen, unos y otros dirían que tienen sangre azul, sangre española. Y Manuela llega de esas dos vertientes. Nadie ha dicho que es "mestiza" con la connotación de mezcla española e india con que se usa este término entre los que preconizan el mestizaje racial como signo de identidad quiteña. Lo que a mí me parece científicamente insostenible. La raza y el racismo son palabras detestables, fruto de la política y siempre útiles para favorecer el colonialismo.

Podemos decir que Manuelita, por los Sáenz, chapetones, y los Aispurus, igual, no es mestiza de los de aquí sino mestiza de los de allá. Lo que nadie le puede discutir en su quiteñidad.

Rumazo González señala el año de 1797 como el de su nacimiento. El ambateño Carlos Alvarez Saa, que tanto tiempo y paciencia devota ha dedicado a Manuelita, señala a diciembre de 1795 como la fecha de su nacimiento. Cuando se nos extinguía la luz de Espejo comenzaba a surgir la luminosa presencia de Manuelita, María Joaquina Aispuru era ya "indiana" por nacida en América. El padre de Manuela era chapetón vanidoso que choleaba a todo el mundo, como lo hizo con Juan de Salinas, ofendiéndolo, como lo cuenta Galo René Pérez.

Mantuana nombra Rumazo González a nuestra Manuela. Hija ilegítima, nace manchada. Sin la bendición del cura en esos tiempos, en ese medio y en esa clase, la cosa es muy seria. Tragedia igual vivió, por ejemplo, José Mejía Lequerica.

Muy pronto se rebela Manuela contra esa sociedad que la discriminaba. Era bonita, era inteligente, era instruida; pero era ilegítima. Aprende todo lo que le enseñan las monjas y no se somete. Las autoras señalan: "Seguramente entonces ya impuso su voluntad ante el sutil discrimen que debió haber recibido".

Saltó los muros conventuales, eso parece cierto, y se fue a su primera aventura amorosa con un joven militar, escandalizando a la pacata sociedad quiteña que entre rezos y zahumerios a escondidas y muchas veces al descubierto ejercitaba los más sabrosos pecados capitales.

Recuerdo al sabio Francisco José de Caldas escandalizándose por la vida que llevaba Humboldt en Quito, donde nuestra aristocracia le abrió algo más que los brazos. El propio Humboldt dejará noticias del jolgorio quiteño y del relajo de monjas y frailes ya lo pintó González Suárez.

Aunque Rumazo González acepte que los frailes bendecían "el escándalo" de la ilegitimidad en la nobleza y que las monjas frecuentemente educaban a las ilegítimas como en el caso de Manuela, más cierto parece que una pesada carga de lo que no era posible librarse en ese medio y en aquella época. Lo sucedido con Mejía y la propia Manuela lo prueba. De modo que la madre de Manuela sufrió, mucho, muchísimo, por el pecado que había cometido, manchando a su aristocrática familia. Todo esto va entre comillas, por supuesto. La linajuda familia no sabía qué hacer con la niña ilegítima. Si encargar a otra familia, si convertirla en expósito. En fin, doña María Joaquina Aispuru, madre joven y soltera, sufrió de seguro lo imposible y vivió terriblemente avergonzada embarazo, parto y puerperio y si es cierto lo que aseguran las autoras, que murió el 25 de enero de 1796, probablemente murió —otra vez comillas— "pagando su delito". Por eso en aquellos tiempos apenas una niña aristocrática comenzaba a florecer, se le conseguía e imponía

marido. Doña María Joaquina no tuvo esa suerte, padeció lo imposible y murió a poco tiempo del parto. Aunque los biógrafos le dan varios años de compañía a Manuela junto a su madre, hasta le hacen criolla partidaria de la Independencia. El asunto queda para estudiarse.

Si de muy niña Manuela queda huérfana, si no conoce a su madre, ese es otro doloroso trauma de su vida y otro motivo para que, impetuosa y vehemente, se rebele contra la hipocresía del ambiente y demuestre un desprecio manifiesto por las normas creadas por la mojigatería en la que se practica todo lo contrario de lo que se predica.

Don Simón Sáenz de Vergara también soportó ciertas molestias, claro. Si hasta tuvo que pagar mil pesos para que las monjas críen a su hija. A quien Dios le quiso, hombre le hizo, dicho por nuestras cristianísimas abuelas. Machismo cristiano. Los hombres somos hijos de Dios y las mujeres apenas hijas de los hombres. Palabra de Dios. Lo dice la Biblia. Las sociedades primitivas, lo saben las feministas, se organizaron en el matriarcado. Cuando los medios de producción y los instrumentos de producción pasan a manos masculinas, allí empieza la inferiorización femenina. El esclavismo degrada a la mujer. El feudalismo, igual. La mujer es símbolo del pecado. Ella, en pacto con el diablo, nos incita a comer el fruto prohibido. La Iglesia católica, rectora del mundo feudal, mantiene hasta en la estructura del poder eclesiástico una notoria discriminación con las mujeres, tanto que ellas podrían frontalmente luchar contra esta discriminación. No podemos confesarnos con una mujer, no pueden llegar a obispos, a cardenales ni papas.

Los judíos no se quedan atrás. Rezan hasta hoy: Te agradezco, Señor, porque me hiciste hombre. Acepto resignada mi condición de mujer. Los árabes, los musulmanes comentan horrores discriminando a las mujeres. En China la que paría una hija debía sentarse en la puerta y pasaban los vecinos sin saludarla. Todos la saludaban si había parido un varoncito. El socialismo debe haber cambiado esta estúpida costumbre.

Es la clase dominante y la ideología heredada las que mantienen estas formas de discriminación. No es cuestión de género ni de sexo. Hay que luchar unidos contra toda injusticia, contra toda cortapisa, contra toda discriminación. Mujeres y hombres tenemos que luchar unidos: No separados ni enfrentados.

Pronto Manuela monta potros a horcajadas en su hacienda de Catahuango. Usa pantalones rojos y escandaliza a beatas y beatos de Quito. Don Simón Sáenz de Vergara, que no pudo desembarazarse de la chiquilla dada la posición social de los Aispurus y sus relaciones con ellos, ahora le busca marido y la matrimonía con el doctor Thorne que dicen no fue doctor sino un próspero comerciante. Inglés, sí y de moral no muy rígida como se cree. Tenía amantes conocidas y también hijos ilegítimos.

Cuando se enciende la guerra libertaria, Manuela está preparada para lanzera, usa y es perita en armas y llega, según parece, por propios méritos, a coronela del ejército libertador.

El marido la lleva a Lima, capital virreinal, donde no le faltan ni recursos ni boato. Pronto la guerra está en todo su apogeo. El hermano paterno con el que bien se lleva a Lima como miembro del Ejército español, en el batallón "Numancia". El Numancia se pasa a las filas de la Independencia. Manuela participa en la colada. Ya no abandonará sus afanes libertarios. Cuando el serio Protector del Perú entra a Lima, nombra Caballeresas del Sol a dos quiteñas: Rosita Campusano, la guayaquileña amante del Protector del Perú, y la capitalina Manuela Sáenz que luego sería la incomparable y permanente compañera de Simón Bolívar.

Las autoras del libro que comentamos no dudan en copiar una cita de Jorge Jácome Clavijo publicada en *Diners*: "Ni Jonatás y Nataán sienten como yo, el mismo vivo interés de hacer la lucha porque somos criollas y mulatas a las que nos pertenece la libertad de este suelo".

Las "mulatas" eran "negras". Eran esclavas. Eran compañeras y protectoras de la "niña" Manuelita. Las exhibía como era de moda entre los aristócratas con dinero, porque indios tenía cualquiera; pero los negros eran caros y los esclavos costaban. Exhibirlos daba prestigio. Sí. Manuela fue mantuana. Pero rompió con los gachupines y se incorporó a la lucha por nuestra primera Independencia, como lo llamábamos antes de que sus teóricos lleguen a ministros. Si hasta parece que nunca tendremos una segunda independencia, por globalizados, por íngrimos, por deudores, por ineptos, por desideo-logizados. ¿Para qué hablar de los héroes de la Primera Independencia?

En 1822 volvió Manuela a Quito. Aquí iba a encontrarse con Bolívar. Y Bolívar declaró más tarde: "Arraigó en mi corazón y para siempre la pasión que despertó en mí desde el primer encuentro".

Cuentan las autoras que el frío inglés no era muy frío. Se enciende en celos y hasta agrede, macho al fin y cobarde, el inglés golpea a Manuela. La ardiente quiteña adora al Libertador. Le reclama porque no la escribe a día seguido cuando está lejos.

Bolívar conquista a las mujeres. Tiene una hermosa peruana, por ejemplo, Manolita Madroño, uno de sus muchísimos amores transitorios. Pero no puede separarse, aunque lo intente, de su Manuela quiteña. Le han insinuado que se separe, que el escándalo del adulterio le perjudica. Le es imposible. "Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela... ven, ven, ven luego", le dice emocionado.

Las autoras describen cómo la amante del Libertador le libra a Colombia del parricidio. Y no es una mujer cualquiera. No, señor. Bien comparte la tesis de Bolívar. ¿Acaso no lo ha dicho? Por eso, refutando a los que la destie-ran, afirma: "Mi Patria ese todo el continente americano. Nací bajo la línea

ecuatorial". Mujer convencida del sueño bolivariano y orgullosa de ser quiteña, lo dijo Bolívar, lo repite Manuela: "Nuestra Patria es América".

La quiteña recauda nuestro Quito ilímite, el Quito milenario y legendario, el Quito que llega y que camina por toda América, desde los amantes de Sunpa, desde la leyenda de Quitumbe, fundador de Quito nacido en tierra huanka-villka. Sí. "Nuestra Patria es América", lo dijo Manuela Sáenz repitiendo a Bolívar. Lo dijeron Espejo, Alfaro, Martí, Sandino, lo quiso el Che y aunque no sea reivindicación de género ni sexo, es reivindicación histórica, reivindicación de pueblo, es sueño de las almas grandes, de hombres como Montalvo que estigmatizó a los generales de Bolívar que trizaron la Colombia real, locos de ambición y tiranía. Don Juan León Mera, autor de nuestro Himno Nacional mutilado por los hispanófilos, declaraba a nuestra América su madre amadísima. Y Manuela Sáenz, heroína quiteña, fue enemiga de los fragmentadores.

Históricamente, venimos del Tahuantinsuyu, unión estrecha de los cuatro puntos cardinales. Somos el trizado sueño de Bolívar que pugna por volver, que debe volver si de veras aspiramos a ser grandes. Y Manuela es un flanco hermoso de ese sueño que renace. Ella luchó contra el yugo servil que solo en parte logró romper nuestro Libertador.

Nuestra América quedó devastada tras la guerra de la Independencia. Nos agobiaba una crecida deuda inglesa. Los esclavistas y los terratenientes no permitieron ni abolir el tributo ni abolir la esclavitud. A Bolívar le cercó la aristocracia. Si los llaneros le enseñaron a ser héroe, los mantuanos le impidieron servir a los desposeídos. Bolívar transa. Condesciende. Inventa la presidencia vitalicia para salvarnos del caos, para lograr la unidad de Colombia. Le culpan de dictador cuando Waldo Frank con toda razón expresa que la prensa santanderista decía lo que le venía en gana sin que Bolívar la silencie. El movimiento separatista crece. Bolívar sabe quienes conspiran contra la Gran Colombia y los tolera. Los somete entregándoles su espada, por ejemplo, y ve llorar a Páez enternecido, que pronto, con todos los venezolanos, lo expulsan y lo declaran sujeto peligroso. Un médico venezolano salva la dignidad de todos los venezolanos: José María Vargas fue el único voto en contra de la Asamblea que desterró a Bolívar.

Manuela le advirtió: "No habrá paz si Usted no se libra de los Páez, Padilla, Paula".

La aristocracia lo cerca. La Iglesia que se opuso a nuestra primera Independencia lo cerca, ahora lo respalda y presiona por mantener sus innumerables privilegios.

Manuela parece furiosa. Por eso fusila en efígie a Santander. La amable loca sabía quien preparaba la noche septembrina. Y la sublime loca salva a un loco sublime, culpable de soñar en la unidad de América Latina. En el septiembre aciago, ella, serena, heroica, inteligente, se convierte en la *Liber-*

*tadora del Libertador*. Ella le impele a saltar por al ventana, hecho que algunos toman como cobardía de Bolívar. Ella y él estuvieron desnudos en la cama. Suplica al Libertador que se vista y huya para que no lo maten. Ella piensa en la Patria y en su amado. Por fin, Bolívar le obedece. Cae la puerta. Manuela enfrenta a los conspiradores. La vejan, la golpean. Bolívar se salva.

Las autoras que comentamos traen la nota de una autoridad eclesiástica que vaticina y la agradece: "Si usted no hubiera tomado esa medida un baño de sangre se instalaba en Colombia".

Sí. Es cierto. La propia Manuela habría vuelto a sus hazañas de lancero. Habría alzado su arma vengadora y habría fusilado a los enemigos de Bolívar. Claro que tuvo mucho poder. Salvador de Madariaga, biógrafo español de Bolívar, la llama "Dictadora del Dictador". El querer separarla de su amante no era solo pudor católico. Era un terrible mal ejemplo. Vistió de hombres y convirtió en lanceros eficientes a sus dos esclavas: Mal ejemplo. Waldo Frank afirma que "la prensa antibolivarista, lo mismo en Bogotá que en Caracas, mentía descaradamente, combatiendo al 'dictador' que no había tocado a las libertades de palabra, reunión y prensa y que se volvieron feroces en contra suya".

María Mogollón y Ximena Narváez en la obra que comentamos avisan como Manuela, que no era ni ruin ni vengativa, libró de la muerte a muchos complotados, a los que no quiso reconocer en el juicio, a petición de las esposas suplicantes. Casi todos los libertadores son generosos. Los tiranos son malvados.

Sucre cayó en Berruecos. Sus asesinos llegaron a excelentísimos señores presidentes de estos retazos sangrientos donde han gobernado los que traicionaron el sueño de Bolívar aunque le nombran cada cinco minutos y nos siguen manteniendo divididos, hostiles, enemistados y hasta enfrentados, favoreciendo a los traficantes de armas, gozosos de la estupidez que a nombre del patriotismo fomenta la división de pueblos hermanos.

Bolívar parte enfermo a su destierro. La última nota a Manuela le ruega tener mucho cuidado. No te pierdas ni me pierdas, le dice. Parece pensar que la enfermedad no ha de matarlo. Manuela lucha por el retorno de Bolívar. Urdaneta se levanta. No volverá: Bolívar agoniza. Ahora va Manuela al encuentro de su amado. Ya cumplió hasta el fin su misión política: defender el poder en manos del integrador de América. Ahora busca a su compañero enfermo. En Guaduas recibe la noticia de su fallecimiento. Dicen que dos veces se deja morder por una culebra. Otros autores creen probar que no fue intento de suicidio sino accidente del que sale con vida.

Cuando vuelve a Bogotá, nadie la detiene. Conserva intacto el amor por Bolívar. Siempre sus enemigos políticos utilizaron contra Bolívar su concubinato con Manuela. ¡Jesús! ¡Adulterio! Escándalo dado por Bolívar debido a las mañas de esta prostituta quiteña. La culpa es, principalmente, de la mujer,

machismo de la sociedad católica, protestante, aria o alpina, árabe o china o musulmana. La sociedad de clases que ha inferiorizado a la mujer hasta en la sociedad capitalista que le otorga ciertos privilegios aunque la convierte en objeto de compra-venta, para gloria de la sociedad de mercado hoy propagandizada con verdadero descaro. Vean la televisión. Lean la prensa... o lean las novelas.

Hay una novela porno premiada por una "sonrisa vertical" en España, novela de ya cuatro ediciones en que se degrada a Manuela. No voy a leerla. Este autor Romero me parece una ramera literaria que hace de la pornografía un sucio *bussines* propio del mundo capitalista.

Hombres y mujeres nuestros han defendido a la agraviada. Para mí la sonrisa vertical o chueca con que se premia a este romariante por los senderos de la indecraia, se explica, mejor, por lo que este sujeto atribuye a Manuela y Rumazo González, autor serio, por ejemplo, niega: —Me cago en los ingleses, pone en labios de Manuela el novelista porno. Eso debe gustarles a los españoles que todavía se atragantan con Gibraltar a la puerta de su casa. O a los que quieren cobrar a Manuela su gesta libertaria. Sonrisa chueca, sonrisa infame.

Salvador de Madariaga dice de Manuela: "Sola se hallaba y en Quito cuando Bolívar entró en la ciudad y en su corazón. Manuela se entregó a él y por un proceso frecuente en estas cosas de mujeres, se apoderó de él al mismo tiempo. Pero, por entonces, el Libertador no se dio cuenta de que lo habían deslibertado". Bien se puede pensar, de ser esto cierto, que las esclavizadas esclavizan a los esclavizadores. Lo que hablaría de su extraordinario talento.

Los novelistas pornos y los moralistas de vieja data pueden decir lo que gusten de Manuela, ella seguirá brillando en la historia de nuestra América por mérito propio. Hombres y mujeres la han defendido de los ataques de este Romerillo sonriente.

En el anexo de la obra sus autoras copian la carta de Manuela al supuesto doctor Thorne o próspero comerciante. Una carta cuya copia envió Manuela al Libertador. A mí me parece digna de ser conocida íntegramente porque pinta, a mi juicio, todo el valor, el talento y las convicciones de Manuela. Aquí la copio:

No, no, no más, hombre, por Dios! ¿Por qué hacerme usted escribir faltando a mi resolución? Vamos ¿qué adelanta usted con hacerme pasar por el dolor de decir a usted mil veces, no? usted es excelente, es inmutable, jamás diré otra cosa sino lo que es usted; pero mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo, dejar a otro marido sin las cualidades de usted sería nada.

¿Y usted cree que yo, después de ser la querida del General por siete años y con la seguridad de poseer su corazón prefiriera ser la mujer del Padre del Hijo y del



Espíritu Santo o de la Santísima Trinidad? Si algo siente es que no haya sido usted algo mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? Ah! Yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarnos mutuamente.

Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra, no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que es usted muy descontento. En la Patria celestial pasaremos una vida angelical y toda espiritual (pues como hombre usted es pesado). Allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás ¿quienes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia y el caminado despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa. Estas son formalidades divinas; pero yo miserable mortal que me río de mi misma, de usted y de estas formalidades inglesas, etc., qué mal me iría en el cielo! Tan mal como si fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla, pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres aunque no lo fue usted conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo. ¿No tengo buen gusto?

Basta de chanzas: formalmente y sin reirme, con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que no me juntaré más con usted. Usted anglicano y yo atea es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro es mayor y más fuerte. ¿No ve usted con que formalidad pienso?

Su invariable amiga,

Manuela.

Recibe el Libertador esta carta con la siguiente nota: "Hay que advertir que mi marido es católico y yo jamás atea; solo el deseo de estar separada de él, me hacía hablar así".

Esta carta tiene un condumio maravilloso. No sé que digan los profesores de literatura pero a mí me parece muy bien pergeñada y mejor pensada. Es carta de una mujer superior, de una muy culta lectora. Leyó a Cervantes, a Tácito, a Plutarco, a los mejores poetas de España. Declamaba el "Canto a la Victoria de Junín" con orgullo y alegría. Creo que esta carta es digna de repartirse entre todos los estudiantes para honrar la memoria y la valía de esta mujer excepcional, inigualable, de la que debemos estar plenamente orgullosos todos los quiteños.

La carta escrita al marido, aun con la nota puesta al pie, pinta muy bien la libertad, espiritual, si se quiere la rebelión, la verdadera revolución sobre los hechos y los principios establecidos. Mujer inteligente, libre, valiente y decidida a afrontarlo todo por el amor y la admiración demostrados por Bolívar.

A nuestro Libertador no le fue fácil mantener ese amor. Ni fue fácil para Manuela defenderlo. Una ocasión arañó al esposo como fierecilla enfurecida.

Pesando sus responsabilidades de estado, Bolívar le dijo era conveniente separarse por mutua conveniencia. Ella se impuso porque sabía Bolívar la necesitaba. Sublime loca que acompañaba a un loco sublime.

La carta que copio, para mí, debiera entrar en el estudio de literatura quiteña.

Dicen que Bolívar olvida a su Manuela cuando se aleja de Bogotá. Estaba muriendo. No pudo volver cuando la llamaron a gobernarnos de nuevo.

Se habla de una carta apócrifa dirigida a su prima parisiense que nosotros sabríamos de memoria cuando adolescentes:

Querida prima: ¿Te extraña que piense en ti al borde del sepulcro? Tengo al frente el mar Caribe, agitado como mi alma por grandes tempestades. Por sobre mí el cielo más bello de América, la más hermosa sinfonía de colores, el más grandioso derroche de luz. Y tú estás conmigo porque todos me abandonan.

Solo Manuela merecía ese recuerdo. Si fueron ciertas ¿eran para Fanny esas palabras? Puede ser. París, toujours Paris. Pensaba irse a Europa. Un respetable autor nuestro hasta juzga a Bolívar recogiendo sus ahorritos para marcharse a Europa. Así son los parricidas.

Yo moriré desnudo como nací, dijo Bolívar. Hasta el último pensó en bajar tranquilo al sepulcro si se consolidaba la unión de Colombia. ¡Qué esperanza! Ya los generales de barriga la entraron a cuchilladas para el cínico reparto.

Hay un autor que al General moribundo le hace arrodillar ante el Obispo que le prepara el viaje al otro mundo. Salvador de Madariaga, en cambio, afirma que rechazó al Obispo y se resignó a recibir los últimos auxilios del cura de Mamotoco. Es evidente, dice Madariaga, que no sentía ninguna inclinación íntima y personal a morir en el seno de la Iglesia.

Masón fue, bien se sabe. Masón arrepentido, para un historiador católico siempre desesperado por salvar almas ilustres.

Solo, jadeante, febril, comenzó a delirar.

—Vámonos, aquí nadie nos quiere. ¿Manuela pobló al final su cráneo ardiente?

La quiteña fue expulsada de Colombia. Fue expulsada de Ecuador. Muerto Bolívar, era el General, la Generala más peligrosa. Rocafuerte lo dijo. Lo dijo Santander. Lo sabía, aunque ladino y seudobolivariano, el asesino de Sucre que heredó la parcela llamada Ecuador.

Manuela fue a Paita. El arenal. La soledad. Las dos negras que ahora eran tres. Jonatás no solo bailaba pintando con sus jugos esenciales el piso donde bailaba en las contorsiones de la ñapanga. También gozó de las humanas caricias de un compañero negro en Jamaica donde estuvo primeramente desterrada la peligrosa mujer que se convertirá más tarde en la "insepulta de Pai-

ta". Sirviendo a la niña Manuelita estaban Nathan, un poco seria, Jonatás la inquieta Jonatás y ahora la adolescente Juana Rosa. Jonatás fue del Chota. ¿Nathan también? ¿Juana Rosa de Jamaica? ¿Las negras fueron esclavas compradas por los Aispurus? ¿En el mercado libre o a los jesuitas? ¿Nació esclava Juana Rosa? Los filósofos griegos sudaban tinta pensando a quién pertenecía la hija de una esclava. Si a la madre o al dueño de la esclava. Por cierto, filósofos del esclavismo resolvieron que pertenecía al patrón. Y así, igualito, eran los indios de hacienda en la República que nació con el nombre casi disparatado de Ecuador, cuando dicen que don Paula Santander nos escamoteó el nombre histórico de Quito.

La esclavitud terminó con Urbina en 1857. ¿Dónde murieron Nathan y Jonatás? ¿Murieron libres? No lo sé.

Juana Rosa, vendedora de los dulces de su patrona, trajo a casa la difteria. Poco tiempo después murió Manuela. ¿La piel blanca de la anciana y la piel negra de la joven fueron a la misma fosa, por apestadas? Blancos son los huesos de todos los muertos. Roja es la sangre de todos los hombres del mundo, mientras viven.

Hubo dos lanceros negros, quiteños de seguro, presididos por un lancero blanco, nuestra inmortal Manuela, peleando por la libertad y por Bolívar. Nathan y Jonatás, a horcajadas, vestidas de hombres, despedazaron castillos de fuegos artificiales listos para ridiculizar a Bolívar y Manuela. Lanza en ristre y a todo galope las tres Amazonas destruyeron el andamiaje. Cayeron heridos los caballos, apresaron a las negras. Se pidió la pena de muerte contra esos atrevidos militares. Jonatás remedaba a sus captores. Se burlaba de los enemigos de la niña Manuela. Hay que buscar sus huellas y completar su historia. Se lo merecen.

Y hay tantas heroínas quichuas y tantas mujeres que pelearon por la libertad, por la tierra, por la Independencia. Es necesario recaudar sus hazañas para orgullo nuestro. Porque venimos de un pueblo grande, heroico, constructor y valiente.

Los racistas nos inferiorizaron. Que se vayan al diablo. Yo siento el orgullo de ser quiteño y por eso amo a Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador, quiteña heroica.